

EDICIONES  
DISTAGNE  
1p*la*

HELEN  
AYES  
CLARK  
GABLE

LA  
HERMANA  
BLANCA



LA HERMANA BLANCA

34  
50  
1000

*Marié Dena*

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

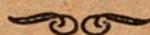
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

# La hermana blanca

Sentimental superproducción de magnífico asunto, de éxito rotundo

Dirección de  
J. FLEMING

Es un film de la famosa marca  
METRO - GOLDWYN - MAYER



Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER  
IBÉRICA, S. A.  
Mallorca, 201  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## INTÉPRETES PRINCIPALES:

Helen Hayes  
Clark Gable  
Lewis Stone

# La hermana blanca

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### LA TERCERA AMONESTACION

En el templo más importante de aquella ciudad italiana, celebrábase con más solemnidad que de costumbre, el culto del día.

Oficiaba el obispo, investido de los atributos jerárquicos, y un coro de bien templadas voces habíase congregado para interpretar los armoniosos cantos litúrgicos.

Había profusión de luces que realzaban la riqueza artística del interior de la iglesia, y una tenue nube de incienso aromaba con su neblina el santo lugar e iba con-

densándose en las altas arcadas, bajo las cúpulas.

Destacaba la mitra picuda sobre la faz patriarcal del obispo, el cual pronunció las tradicionales palabras:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Amen. Introibo ad altare Dei.*

Y contestaron los coros, llenando el ámbito del templo con sus voces:

—*Ad Deum, qui laetificat juventutem meam.*

Y en seguida se oyó la voz del sacerdote:

—*Gloria in Excelsis Deo.*

Cuando se hubieron acallado el cántico y la palabra de los oficiantes, el Padre Saracinesca, hombre conocido por sus virtudes en toda la población, subió al púlpito, para anunciar a los fieles:

—La tercera amonestación del matrimonio entre Ernesto Traverri, hijo de Giacomo Traverri, de la parroquia de San Cristóbal, de Roma, y Angela Quiaromonte, hija de Guido, príncipe de Quiaromonte, caballero del Santo Sepulcro, de esta parroquia.

El príncipe hizo un gesto de satisfacción que desarrugaba un momento su rostro grave y estirado; Angela no expresó grandes emociones en sus ojos inocentes; y el prometido no descompuso un ápice su semblante.

Acabada la ceremonia, montaron en el automóvil del príncipe para trasladarse a casa de éste.

En la calle el bullicio de la muchedumbre era realmente jubiloso y desusado.

Celebrábase la fiesta de Carnaval, y fué siempre fama la anima-

dísima celebración de estos días en la ciudad.

Grupos bien nutridos y ruedas de hombres y mujeres, tomados de las manos, recorrían las calles, o se estacionaban, obstruyendo animadamente el paso, y envolviendo a quienes hallaban por delante, indefensos para huir de su vocerío y de sus bromas.

Los típicos gigantes con sus cabezotas de cartón de facciones desmesuradas y grotescas, bailaban entre los grupos y hacían las delicias de niños, jóvenes y viejos.

Angela lo miraba todo con el júbilo de sus ojos y su alma infantiles, y si corporalmente hallábase en su asiento, entre la doble rigidez de su padre y su futuro esposo, con la imaginación estaba palmoteando entre la alegre algarabía de las máscaras.

—Papá—le dijo al príncipe—; ¿por qué no damos una vuelta por las calles? Veríamos el baile de la plaza. Estoy segura de que te gustaría.

Su novio opinó con gravedad, en seguida:

—No vale la pena, mujer.

—Bueno—y la muchacha comprendió que había que resignarse.

—En pocos sitios festejan el Carnaval como aquí—dignóse observar Ernesto.

—Sí...—contestó el príncipe—. Ha dado fama a la ciudad... También, quizás por eso, hay más santos que en otras partes.

Sin parar mientes en la sutileza, Angela admirábase de la alegría que les rodeaba:

—¡Mira, papá! ¡Mira sus caras! ¡Qué contentos!... Siempre debería ser Carnaval... Y haber música, baile, diversiones...

Ernesto no hizo caso de aquellas explosiones, lógicas, de la juventud de su novia, y comenzó una narración seria, en tono campanudo:

—Me contaron ayer algo muy curioso. Un amigo de mi padre...

Le interrumpió Angela con su charla con una máscara alborotadora que se había subido al estribo del coche y con la cual cambiaba dulces por confetti.

Su padre llamóla al orden.

—¡Angela! ¡Vamos, Angela!

—Perdón, papá. Perdón, Ernesto.

El prometido continuó:

—Este amigo fué un día al banco de mi padre...

Angela dialogaba con otro en-

mascarado, al que no podía ya dar nada de su bolso vacío:

—Ya no tengo más... Mira.

Y, al darse cuenta de haber interrumpido de nuevo a Ernesto:

—¡Ah! Dispensa. Sigue; alguien fué a tu banco...

—No al mío, al de mi padre—rectificó el novio, como si se tratase de algo trascendente.

—¡Ah, sí; claro!

—Pues, como les iba diciendo, se presentó a pedirle a mi padre un préstamo de unos dos millones de liras...

De pronto, hubo un brusco traqueo del auto que hizo salir de los asientos a sus ocupantes.

El chofer se apeó para ver lo sucedido y pudo ver que otro automóvil había tropezado violentamente, sin duda por no funcionar los frenos, contra la trasera del de sus señores.

—¿Dónde tienen los ojos?—les preguntó agriamente a los que ocupaban el vehículo causa del accidente.

Estos, en número de siete u ocho, eran oficiales del ejército, todos jóvenes y bullangueros, atentos aquel día sólo a divertirse, y, por

lo tanto, el lance constituía un motivo más para la broma.

El más decidido y jovial de todos, se puso a increpar al chofer:

—¿Que dónde tengo los ojos? Esto sí que se llama desfachatez. Debiera llevarle preso por embestir así contra mí.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¡Contra todo un oficial del ejército!

—Pero si ha sido usted—protestaba el buen hombre que, candidamente, tomó en serio las humoradas del oficial.

Este siguió bromeando:

—Claro que he sido yo. No tengo frenos... ¿Quién va en ese coche?

En este momento, interrogaba el príncipe, que había descendido también:

—Pero, ¿qué es lo que ocurre?

—Mire lo que han hecho a esta preciosidad de automóvil.

El príncipe, con ademán altivo, dijo a su chofer:

—Vamos, Enrico.

Pero el militar siguió haciendo el elogio de su automóvil, que, en realidad, era una momia venerable de la mecánica:

—Perteneció a mi pobrecita

abuela, que lo heredó... Y le advierto...

Miróle su interlocutor despectivamente y se introdujo en su auto, mas el oficial proseguía, asomándose por el hueco de la portezuela:

—Y le advierto...

El coche iba a arrancar.

—Y le advierto...

Entonces descubrió a la bella Angela en el interior:

—¡Oh! Buenas, señorita... ¿Qué ha sido? ¿Un choque?

—¡Fresco! ¡Beodo!—exclamó el padre de Angela.

El aludido quiso justificarse, y para ello subió sobre el pretil de pequeño muro, junto al auto, y, sosteniéndose en un pie, demostró, en equilibrio, la integridad de sus facultades:

—No estoy beodo... De veras... ¡Mire! ¿No ve como no estoy beodo?... ¿Verdad que no, señorita?

La muchacha rompió a reír, encantada de aquella salida de colegial.

Y, con el ceño contrariado, de sus dos acompañantes, aceleró la marcha el coche, y perdieron de vista al importuno.

El militar, teniente de gradu-

ción y Giovanni de nombre, preguntaba luego entre el corro de curiosos que se había reunido:

—¿Quién es ese señor?

Uno de los curiosos repuso:

—¡Cualquiera lo sabe!

Pero en seguida dijo otro:

—¡Cómo que no! Es el príncipe de Quiaromonte... Lo conozco bien.

Y Giovanni comentó con cómica lamentación:

—¡Ah! ¡Un príncipe! La hemos hecho buena... ¡Atacar a traición a un noble!...

### EL CABALLO ROMÁNTICO

Ya en la mansión de Quiaromonte, Ernesto mostraba su prisa por ausentarse, obedeciendo a lo inapelable de sus quehaceres.

—Pero ¿no comes con nosotros?

—preguntó Angela.

—Tengo que volver a Roma a la una. Lo lamento.

Y ella propuso con toda naturalidad:

—¿Por qué no pierdes el tren?

—No sé si lo creerás... pero nunca en la vida perdí un tren.

—¿Nunca en tu vida? Tampoco yo; y me gustaría... Ya los perdimos, de casados.

Marta, la vieja y bonísima aya de Angela, allí presente, murmuró con ironía:

—¡Qué hermosura! ¡Nunca perdió el tren!

Ernesto despidióse con ademán protocolario:

—Hasta el viernes próximo.

Cuando quedaron solas Angela y su señora de compañía, la primera, a quien danzaban en los oídos las alegres estridencias de la gente en la calle, exclamó:

—¡Qué felices son y cómo se divierten!

—A estas horas — le contestó Marta — ya están todos borrachos... Como esos que nos atropellaron.

—¿Quiénes, los militares?

—Sí, el oficialito de marras...

—No creo que estuviera borracho. Era tan simpático... ¿Qué efecto hará la bebida?

—Jamás la he probado — apresuróse a declarar la buena mujer, aunque en su fuero interno sabía que no hacía ascos a una copa de licor.

Angela no lo ignoraba:

—¡Qué pena!, ¿eh?

—¡Angela, por Dios!

Luego la muchacha comenzó a contemplar todo lo que la rodeaba, pensando en su próxima separación de aquellos objetos con los que hallábase tan familiarizada:

—Voy a echar de menos mi habitación.

—Y muchas otras cosas — le dijo Marta.

—Ya lo creo: a papá... a ti. Notaré mucho la falta de papá.

—Tienes suerte en casarte con un hombre como Ernesto.

—Había algo de retintín en estas palabras de la vieja?

La muchacha, lo hubiese o no, no se fijaba en ello, y repuso:

—¡Ah, sí!... ¡Cómo se parece a papá!, ¿eh?

Luego se puso, ingenuamente, a hacer cómicas actitudes frente al espejo, y a colocarse de distintas formas una borla de pluma sobre la cabeza.

—¿Qué tal, Marta, cómo estoy? Marta tenía infiltrada la seriedad de la casa:

—¡Huy!... igual que una... cualquiera.

—¿En serio? No creo que a Ernesto le hiciese gracia verme en ese plan de cualquiera... *Oh, la la!* ¿Es así como hacen?

Y ensayó una sonrisa muy graciosa.

La buena mujer escandalizóse:

—Angela, ¿qué te pasa hoy? ¿Tienes los diablos en el cuerpo?

—No sé, acaso... la música, la alegría, el ambiente...

Abrazaba y zarandeaba a la excelente señora, al tiempo que ésta se defendía:

—Bueno, bueno!... para... quieto... basta.

En uno de sus movimientos, Angela enganchóse y se produjo un leve desgarrón en una media.

—¡Ay! Adiós, medias nuevas. Trae hilo y aguja, ¿quieres?

Accedió Marta, y no sin trabajo, por el poco sosiego de la muchacha, cosió pacientemente la seda.

La hija de Quiaromonte, como si hablara con su aya de una cosa ya conocida, decía, con los ojos hacia un espacio remoto:

—Anoche soñé otra vez con él — y recalca el pronombre con delección.

—¿Quién es él? — curioseó la vieja.

—La persona con quien sueño... Se llamaba Orlando esta vez. Poé-

tico nombre, ¿no?... Montaba un caballo blanco y negro.

—¿Orlando?... ¡Hum!

—Sí. Y vi también a mamá. Estaba tan hermosa... Con su cabello rubio. Di, ¿tenía mamá el cabello rubio?

—Exacto.

—¿Cómo es que no hay en la casa ningún retrato de mamá?

—Ya te lo he dicho muchas veces. Porque no quiere tu padre.

—“Porque no quiere tu padre”, y nada más.

Esta ambigüedad ensombreció un punto los pensamientos de Angela.

—Gracias, Marta... Está muy bien.

Pero en la casta primavera de su imaginación, triunfaban en seguida el optimismo y la fantasía azul de sus sueños.

De sus sueños del héroe y del caballo romántico...

## EL CABALLO GROTESCO

—Escucha la música — dijo a Marta, Angela, que no dejaba de pensar en el bullicio de la calle—. ¿Oyes?

—Sí que oigo—contestó la vieja.

—Y si... Aun tardaremos en comer...

La muchacha aventuraba un deseo confuso.

—¿Qué es lo que quieras?

—Ver el Carnaval...

—¡Dios nos libre! Tu padre me mataría—dijo con toda convicción Marta.

—No se enterará... Anda, vamos... Quiero verlo.

—Te digo que no voy.

—Pues iré yo sola—y comenzó a saltar de un lado para otro. Luego

recogió su sombrero y se lanzó afuera sin que la dama de compañía lo pudiera evitar y obligando a ésta a salir apresurada y alarmadamente, detrás de ella.

—Sólo cinco minutos — expresó Angela—. Sólo cinco minutos.

—¡Pero, mujer!...

—Anda, no te apures, son sólo quince minutos.

Por la calle, entre los empujones y el griterío, todavía rogaba la buena señora:

—¡Te repito que volvamos!

Y no dejaba de increpar a las máscaras que constantemente la atropellaban:

—¡Largo, bárbaros! ¡Qué bru-

tos! Querían pasar por encima de nosotros!

—Anda, Martita, no es nada—animábala Angela.

Llegaron a un grupo de gran concurrencia constituido por un corro de curiosos que reían a más y mejor y en el centro del cual una figura grotesca hacía mil evoluciones.

Era un caballo blanco y negro, con la cabeza de cartón y el cuerpo graciosamente imitado por dos hombres, sin duda, uno tras otro, cubiertas sus piernas por el lienzo que figuraba las cuatro extremidades. Ese fantoche que tantas veces se ha visto; pero que ahora provocaba más que nunca la hilaridad, porque las cómicas y absurdas actitudes eran ejecutadas con raro y hábil acierto.

Se oía la voz de otro hombre que fingíase domador del animal:

—¡Hale! ¡up! De frente, marchen.

Las contorsiones de aquella extraña bestia, siempre partida por el espinazo, obligaban a reír a Angela hasta no poder más.

El "dueño" del bruto llevóle al abrevadero de la plaza.

—¡Alto! ¡Alto! A beber.

El animalucho hizo el hilarante simulacro, y luego colocóse frente a Angela, alargando la cabeza hacia ella con singular solicitud.

La muchacha preguntóle:

—Caballito... ¿cómo te llamas?

—Giovanni — contestó una voz dentro del animal—. ¿Y tú?

—Angela.

—¡Hola, Angela!

—¿Te gusta el azúcar?

—No... ¿y a ti?

Marta alarmábase porque estaban siendo el blanco de la atención de todos los curiosos.

—Vámonos; todo el mundo nos mira.

El caballo gruñó:

—¿Habla un loro?

—Vete, desvergonzado.

También Angela quiso terminar la broma.

—Bien, caballito. Retírate ya.

Seguida de Marta, abandonó aquel lugar, mas el fantástico animal la seguía por las calles, sin separarse de ella, con incansable insistencia.

Ahora sólo era la mitad del caballo que marchaba en pie con las patas delanteras colgantes.

Huía Angela, riendo, de aquel acoso, y en una de las evoluciones

y saltos, el fantoche tropezó y fué a caer sobre el empedrado ruidosamente.

Entonces, despojado del lienzo y la cabeza de cartón, apareció un joven con botas altas de militar.

Giovanni, que no había sido otro el animador del caballejo, exclamó:

—Buenos días.

Marta y Angela lo reconocieron al momento.

—Vergüenza habría de darle... —inrepóle la primera.

—Ya me da mucha. ¿Quiere que bailemos?

Intervino Angela:

—¿Por qué no se va otra vez a... a...?

—¿A hacer el animal? —interrumpió el teniente.

—Sí.

—Lo hago muy bien, no crea.

En aquel momento, Marta echó de ver la falta de su bolso, que sin duda le hurtó algún aprovechado mientras contemplaba la fiesta.

—¡Oh, Angela! ¡Mi bolso! Ya sé... Aquel que se arrimó... Tenía mi pañuelo de seda, mi anillo... Aguarda.

Y corrió hacia el sitio en que creía haber sido víctima del hurto.

Así quedaron solos Angela y el teniente.

El último, refiriéndose a la vieja, preguntó:

—¿Le parece que vaya en su ayuda?

—Sí... si gusta.

—¿Gustar yo? Sólo gusto hablar con usted.

—¿Y sobre qué?

—Pues... sobre su papá.

Como puede verse, el caso era hablar de algo.

—¿Conoce a mi papá? —inquirió ella.

—No; sólo en el encuentro de esta mañana.

—Sí, ya recuerdo.

De pronto, sintióse él afable en extremo.

—¿Qué tal está su padre? ¿Y qué tal su tío? ¿O no era su tío aquel otro señor de edad?

Protestó, aunque no con mucha fuerza, Angela:

—Tiene treinta y dos años, no cumplidos.

—Bien; la edad de un buen tío.

—Pues no es mi tío.

—No quise ofenderla... Vamos, le aseguro que hay tíos muy amigos míos.

—Mejor sería que ayudase a

buscar su bolsillo a una pobre señora.

Giovanni accedió a ello.

—Allá voy.

Y lanzóse entre la gente, para regresar al poco sin haber podido ver a Marta.

—No he podido encontrarla—declaró a Angela, la cual se alarmaba ya de veras.

—¡Dios mío!

—Venga usted conmigo.

Y la condujo hacia un pequeño restaurante.

—Puede usted esperarme aquí, para no perdernos. Yo seguiré buscando... y volveré a tranquilizarla.

—¿De verdad?

La muchacha iba cediendo a las indicaciones de aquel Giovanni que tan bien allanaba todas las dificultades.

El la llevó hasta una de las mesas, en un rincón.

—¡Ea! Siéntese usted aquí. Yo me voy afuera. Pero, ¿por qué no toma algo? Té con pastas... o pastas con té.

—No, gracias; es usted muy amable.

—No tanto como usted merece.

Antes de irse extrajo él de su

bolsillo un silbato pendiente de un cordón y entregóselo a la muchacha.

—Tenga; si algo le sucede, llame tres veces.

Alejóse como para salir, pero en seguida, después de imitar con la boca el sonido de un silbato, volvió apresuradamente.

—¿Qué hay?

—Nada.

—¿Nada?

—No, no he silbado.

—¿Seguro? Juraría que oí un silbato.

Giovanni, al parecer, abandonaba sus propósitos de marcharse, porque, en actitud de instalarse junto a Angela, observó:

—Hay mucha corriente de aire, ¿no cree? Vale más cerrar la puerta.

Angela no quedaba del todo tranquila:

—Me parece...

El le habló con una sonrisa y un gesto inofensivo:

—¿Qué sucede? ¿No fía en mí?

—Sí, pero...

El teniente acabó instalándose en definitiva en la mesa.

—¿Me permite usted? Se abu-

rre uno ahí fuera... Pero tranquílcese.

Ella no lo conseguía del todo.

—Es que si mi padre supiera que...

—¿Tiene miedo a su padre?

—Le tengo cariño. No quisiera que él... ¡Ah!, usted no sabe quién es.

—Sí, algo así como un príncipe, ¿no?

Acercóse el camarero, solícito:

—¿Qué desean?

Giovanni propuso:

—¿Le parece bien un té con... pastas?

—No, no quiero nada.

—Té con pastas — demandó él como si hubiese sido orden de la muchacha.

Mientras, por las calles invadidas de gente, la señora de compañía buscaba a Angela, con gran susto y sin resultado.

Al observar su azorada actitud, dos gendarmes se acercaron a la buena señora:

—¿Buscaba usted a alguien?

Marta iba a declararles sus cuidas con claridad, pero se acordó de que la salida de ella y la muchacha tenía mucho de clandestinidad:

—Sí; buscaba a... No, no busco a nadie.

## LA PALABRA JUSTA

Uno acomodado junto a otro, Angela preguntó a Giovanni:

—¿Se llama usted Orlando, por casualidad?

—¿Por qué?

Ella no supo responder más que ambiguamente, con una remembranza de sus sueños.

—No; es que... hay un amigo... de otro amigo. Verá... Usted iba en un caballo blanco y negro.

El teniente tuvo que reírse.

—¿Quién, yo?

—Sí, él, Orlando monta un caballo blanco y negro. Es una coincidencia, ¿verdad?

—Si es una coincidencia, lo tendré en cuenta.

Angela continuaba:

—Pues, sí. Tiene muchas ganas de conocerme. Y... es muy guapo, dicen.

Giovanni la envolvió con la mirada:

—Guapa de veras, usted... Encantadora.

Ella comprendió que debiera evadirse de la situación, pero sus protestas que querían ser energicas, sólo eran al emitirse, débiles y pálidas.

—De... bería irme...

—No, por favor!

Vino el camarero con el servicio, y Giovanni continuó con sus galanterías.

Entretanto, Marta llegaba con todo sigilo a casa del padre de An-

gela e interrogaba con voz temblorosa a un criado:

—¿Ha vuelto la señorita?

—Voy a preguntar al señor—replicó el fámulo.

Era lo peor que podía ocurrírsele.

—¡Chist!; más bajo, más bajo— suplicó la señora de compañía, queriendo apagar el sonoro diapasón del criado.

En aquella casa silenciosa, cualquier ruido tenía amplia resonancia, y el príncipe no tardó en advertir el diálogo. Apareció de pronto y dijo a Marta:

—¿Qué es, madame Berard? ¿Salió usted?

La buena señora quiso, a des-  
tiempo, ocultar el sombrero y la toca, y no acertó a encontrar excusas que mereciesen la pena.

—Verá... sí... verá.

—¿Adónde fué? — inquirió secamente el príncipe.

—Pues le diré... Un caballo...

—¿Cómo? ¿Qué dice?

La turbación de la señora Berard llegó a su límite.

—Sí... creo que se llama Giovanni.

—No tengo ningún caballo de ese nombre.

—No, no es ninguno de su cuadra... Tenía ganas de pasear.

—A caballo? — exclamó Quiaromonte con asombro inenarrable.

—Oh!, no, señor; imposible a mi edad.

El príncipe no estaba, como no solía estar nunca, para historias extrañas.

—Bueno; ¿está arriba Angela?

—Confío en que sí.

El príncipe quedó con el ánimo invadido de sospechas y retiróse a la penumbra de su despacho.

\* \* \*

Angela y el teniente, como una pareja feliz, se animaban cada vez más en su charla.

Narrábale Giovanni algunos de-  
talles de su vida.

—...Luego, entré en el ejército.

—Sí, veo un soldado — observó ella sin apartar los ojos del fondo de su taza.

—¿Lo ve en la taza? ¿Ve también si está enamorado?

—No lo sé.

—Yo sí. ¿Y la joven?

—¿Qué joven?

—La que él quiere.

—No la veo.

—Yo sí. Es bella. Tiene hermosos ojos... y una naricilla y...

Pronunciaba estas palabras él sin abandonar su sonrisa, pero con un brillo ardiente en sus pupilas.

Angela le acusó, riendo:

—Usted debe haber bebido.

—¿Le parece bien decirme eso? Y Giovanni afectaba una cómica gravedad.

—No he querido molestarle. ¿De veras no está bebido? ¡Como nunca me han dicho cosas así! No lo dije en son de censura.

—¡Ah!, ¿no?

—Ay, Jesús! Ya le dije una inconveniencia. Siempre me ocurre igual. Por eso le saco a Ernesto de quicio.

—No es necesario que esté bebi-  
do para decir que es usted precio-  
sa...

—¿No, verdad?

—No. ¿Y quién es Ernesto?

—¡Ah! Pues es... es mi prometido.

Declaró esto con un acento no irrespetuoso, pero sí indiferente. Lo mismo que hubiera dicho: es mi profesor de piano.

—Temía que fuese alguien a quien usted quisiera — manifestó Giovanni.

En esto, recordó Angela lo excesivamente prolongado de aquella situación y levantóse, hablando con voz casi de congoja.

—¡Santo cielo! ¿Qué habrá sido de Marta? Me marchó ahora mismo.

Giovanni se puso también en pie.

—Voy a acompañarla.

—No, de ningún modo, quédese.

—Es mi deber—aseguró con mu-  
cho aplomo el teniente.

Emprendieron la marcha, y, jun-  
to a una puerta excusada del jardín  
de la casa de Quiaromonte, descen-  
dieron ambos del coche, dispuestos  
a despedirse.

Angela, sin denotar una prisa  
exagerada, murmuró:

—¡Adiós, Orlando!

—Giovanni me llamo.

—Adiós, Orlando; nunca le olvi-  
daré.

—Claro que no...  
E intentó detenerla.

—Un momento.

Y entrególe un soberbio ramo de flores adquirido a un vendedor próximo.

—No — defendióse la muchacha—. ¿Está loco?

—De remate... Por usted.

—Váyase—suplicaba Angela.

—¿No puedo ver dónde vive?

—Pero no entrará.

—Sólo echaré una ojeada.

Al llegar a la gran verja del parque, el teniente asomóse, de puntillas, al interior.

—¡Hum! ¡Qué magnífico jardín! ¿Cuándo reciben? ¿Mañana? ¿Los lunes? ¿Será capaz de dejarme saltar la valla?

—No puede.

—¿Cómo que no puedo?

Ni corto ni perezoso, hizo ademán de iniciar el salto.

—No debe—le contuvo ella.

—Está bien, adiós. Hasta la vista.

Simuló que se marchaba definitivamente, pero a los cinco o seis pasos, volvía sobre sus talones.

—¿Me llamaba?

—¿Yo?

—Pues, adiós. Hasta la vista.

Luego repitió con exactitud la maniobra:

—Bueno; por última vez.

Y, por fin, nuevamente:

—Adiós; hasta la vista.

Y ahora fué a ella a quien se le escapó un:

—¡Giovanni!

—¿Qué?

—Adiós.

—Adiós.

Puede que se hubiera repetido esta palabra mil y una vez, sin la intervención del portero que hizo girar la puerta en sus goznes.

—Deseaba usted entrar, señorita?

—¡Ah, sí!—dijo Angela, como si cayese de otro mundo.

Ya dentro de la casa, su primer cuidado fué acudir al oratorio instalado en su alcoba y postrarse ante la imagen de la Virgen.

Con toda unción y con candidez admirable, explicaba a la que vivió inmaculada:

—Me las regaló un joven... se llama Giovanni. Dice que está enamorado de mí. No es pecado, ¿verdad?... ¡Es tan simpático!

Después tuvo que mostrar el presente a la señora Berard, que no

pasaba por secreto ni detalle de la que quería como a una hija.

—¡Mira qué bonitas! ¿Dónde te parece que las ponga? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿Qué dices?

—¿Quieres estar quieto?

—Yo creo que aquí. ¿Te parece bien?

Y así, con sus mimos y exclamaciones de alegría, no dejó que Marta la riñese por haber vuelto a aquellas horas corriendo el riesgo de que su padre hubiese notado su ausencia.

\* \* \*

Aquella mañana, llegaron con un paquete cuidadosamente embalado y que contenía un obsequio para Angela.

Esta palmoteó, desenvolviéndolo:

—¿Qué sorpresa!

Marta observó un papel contenido dentro de la caja.

—Calma, niña. Ven acá. Trae que vea esto.

Angela leyó el billete, que rezaba, escuetamente:

“Con sincero afecto, Ernesto.”

Y, perpleja, con una sonrisa algo triste, comentó:

—Sincero afecto... Muy expresivo. La palabra justa. Nada exagerado. La palabra justa.

Marta le preguntó:

—¿De qué estás hablando?

—No está mal eso de sincero afecto. ¡Qué mejor puede haber en el mundo!, ¿verdad, Marta?

—Claro.

—Nada de locuras, todo sentido.

—Has vuelto a ver al militar?

Simulaba el deseo de informarse de esto, cuando conocía todos los pasos de la muchacha.

Angela le dijo:

—¿Por qué?

—Le has visto... Lo sé.

—Pero ya no le volveré a ver más.

—¡Ojalá no!

—Hoy mismo le he escrito una carta. Se la he enviado al cuartel. ¿No te parece que hago bien?

A Marta no le parecía nada ajustado a la rigidez de la casa.

—¡Como vuelvas...

Después de reflexionar un instante, la hija del príncipe, al dictado de un deber inflexible, murmuró:

—No, no; estoy disparatando. Ahora ya pasó. Ernesto es el hom-

bre adecuado para mí. Lo he pensado bien. Yo... debo ser diferente de otras, pero sé dominar mis sentimientos.

—¿Qué le dices en la carta?

—Le explico mi situación. No

creo que él tome esto en serio, tam poco. ¿Y tú, qué crees?

—Amor de un día.

—¡Quién sabe, Marta! Quizá le dé un gran disgusto.

—¡Bah!, tonterías. Ya se disipó.

### QUIERO QUE NOS CASEMOS

La casa de Quiaromonte habíase engalanado para un baile en honor de los prometidos, Angela y Ernesto, al que acudirían, por invitación, las más importantes personalidades de la ciudad.

Angela, lindísima, con su traje de "soirée", bajaba a los salones, del brazo del Padre Saracinesca, gran amigo de los Quiaromonte y confesor de la muchacha.

Tenía aquel hombre, corpulento de cuerpo y sano de alma, un em

paque de bondad atrayente, que invitaba a confiarse a sus consejos.

Angela le dijo:

—Padre—y quedóse como si interrumpiera algo que fuese a formular.

—Hija mía, ¿quieres algo? — contestó el sacerdote, con su afectuosidad de siempre.

—Nada, ¿y Ernesto?

—¡Ah! Cómo nos abandonas, por ese bribón de Ernesto.

El príncipe intervino en la con

versación, y refiriéndose a Angela, declaró:

—A pesar de todo, me tiene muy satisfecho.

—¿De veras? —dijo Angela con menos alegría que frialdad.

—Hija; nunca me sentí más satisfecho.

El padre Saracinesca advertía a la muchacha:

—Ernesto está abajo. Acabo de hablar con él.

—Es muy bueno, ¿verdad?

—Sí lo es... No tanto como tú. ¿Y qué tal, hija mía? ¿Feliz? ¿No has ido a confesarte?

—Me estoy echando a perder, ¿no?

El buen Padre leía la más pequeña alteración en el alma tersa como el agua de un remanso, de Angela.

—Algo embarga tu ánimo, tu mente.

—Mañana iré a confesar, padre.

—Si algo puedo hacer...

Dos personajes, algo retrasados, llegaron al baile. El coronel del regimiento donde prestaba sus servicios Giovanni, y Giovanni mismo.

El coronel indicó al teniente dónde se encontraba Quiaromonte.

—Allí está.

—Sí; ya lo sé.

—Acérquese a saludarlo.

Llegaron junto al príncipe, quien saludó muy atentamente al coronel y miró sólo de soslayo a su acompañante.

—Salud, príncipe —dijo Giovanni, sin darse por enterado de la escasa cordialidad con que se le trataba, e interrumpiendo el cambio de fórmulas entre su coronel y Quiaromonte. —Muy buenas tardes. Soy el teniente Severi.

—¡Ah, sí, sí, sí! El joven que no tiene frenos.

El príncipe recordaba el choque de aquel día de carnaval.

—Ya los arreglé —aseguró Severi.

—Muy bien —y volvióse hacia el coronel.

—¿Conoce usted a mi hija?

Pero Giovanni, cuando le convenía, se daba por aludido.

—No he tenido aún el placer.

—Debe estar bailando.

Acercóse Ernesto, quien traía hilvanada una conversación muy propia de su carácter y de sus preocupaciones.

—...Pero el duque no vende por menos de un millón de liras... ¡Un millón! ¡Calcula! Yo le hice ver que es absurdo pedir semejante can-

tidad; con estas mismas frases: "Esa cifra es absurda".

Giovanni, en esto, pensó la manera de procurar hacerse agradable al padre de Angela.

—Cuando el príncipe quiera volar en avión...

Pero no se le dió más beligerancia que antes. Quiaromonte se dirigió a su hija.

—Angela: voy a presentarte al coronel Basano... Mi hija Angela.

—Encantada, coronel.

Y Giovanni, ante el consiguiente asombro de Angela, que no comprendía cómo estaba allí, por no haber sido invitado, hubo de presentarse solo:

—Soy el teniente Severi.

Acto seguido, el príncipe hizo otra presentación de gran importancia:

—Mi futuro hijo político; señor Traversi. ¿No te acuerdas, Ernesto, de este joven bromista, del día de carnaval?

—¡Ah, sí!, ya me acuerdo—contestó Angela, aunque no le habían preguntado.

—¿Quiere usted bailar? —propuso Severi.

Ella vaciló un poco, pero pronto aceptaba los brazos de él, y se

alejaban juntos en los giros de la danza.

—¡Bien!

El príncipe hizo esta exclamación viendo que, muy cortésmente, se llevaba a su hija el oficial.

—¿Quién es? —preguntó a Basano.

—Giovanni; buen chico. Y un gran aviador; hace las mayores aéreas.

—¡Hum! Como esta de venir a una recepción sin haber sido invitado.

—El me aseguró que había perdido la invitación, y ha venido conmigo—explicó el coronel.

—Vaya, vaya con el teniente.

En tanto, Giovanni comenzó a hablar con Angela con la naturalidad de un invitado cualquiera.

—Su papá y yo hablábamos de aviación.

—No debió usted venir.

—Ya sé. Le contaba, por ejemplo, el vuelo que hice ayer. Superficie, cuarenta metros... con carga de unos veinticinco kilos por metro cuadrado... cinco de carga por caballo de motor... unos cinco mil metros de techo... consumo de gasolina, cincuenta litros por hora...

Durante la charla aeronáutica,

había salido, sin ella casi darse cuenta, con Angela del brazo hasta el parque.

—¡Ah! Muy bonito lugar éste. Son los jardines, supongo.

—Se marcha usted ya, ¿no, Giovanni?

—¿Irme? ¡Se enfadaría su buen papá!

—Es que nos pueden ver...

—No es ningún pecado lo que hacemos. Bien podíamos pasear.

No tuvo bastante voluntad para negarse.

El grato frescor del jardín y el aroma de las flores y la tierra húmeda, predisponían el espíritu a algo suave y delicioso.

Angela quiso saber:

—Habrá... recibido mi carta.

—¡Bah! No hablemos de eso.

—Mucho lo siento, pero no hay más remedio.

—Bien, tiene toda la razón.

—Esto nuestro, en realidad, no es amor.

—Claro, pues olvidémoslo.

—Pero es que yo no quiero olvidarlo.

El sabía que pisaba terreno seguro y por eso afectó un momento indiferencia.

—¿Por qué no? El soldado cono-

ce a una joven, se enamora de ella. Pero la joven no se enamora del soldado.

—Entonces, no vino para contestarme.

—¿Hay algo que contestar? He querido decirle adiós. No es mi especialidad escribir cartas.

Casi se arrepentía ahora la prometida de Ernesto, de la carta de referencia.

—La mía era terrible...

El fingió recordar equivocadamente el texto de la carta.

—No, no; dice lo que tiene que decir. Claro que hay algunas faltas de ortografía.

—¿En dónde?

—Pues verá: geranio se escribe con "g".

—No habla para nada de geranios.

—¿No? Quizá lo haya soñado yo. Y, corazón, con zeta.

—Si no digo nada de corazón.

—Ya sé que no. Y por eso vengo a verla. Porque yo no sé escribir cartas; pero sí hablar de corazón.

—¡Giovanni!

Estaban uno frente a otro, muy próximos, como si una fuerza irresistible ejerciese una mutua atrac-

ción. Los grandes ojos de ella no veían más que las pupilas brillantes de él.

Este rogaba:

—No me hable más por escrito. Dígame aquí, de palabra: "Giovanni, no te quiero".

—Giovanni... ¡Oh! No; ¿para qué?

—No puedes, no puedes porque me quieres. Y yo a ti. ¡Angela! ¡Angela!

—¡Giovanni! ¡Giovanni!

—¡Angela!

Los brazos de Severi rodearon el talle de la muchacha. La atrajo con dulce fortaleza contra su pecho. Y los brazos blancos y suaves de ella, como dos cuellos de cisne, también oprimieron el cuerpo de él.

Ambos bebieron en una opresión de besos y mitigaron la sed que les atraía; él, sed de muchas horas aguardando aquel instante; ella, sed de muchos sueños dorados de muchacha inocente.

Aquel lazo de amor puro y joven no se había deshecho cuando llegó el príncipe, que salió de los salones en busca de su hija.

Esta soltó un "ay" atemorizado, al verle.

Y el príncipe se encaró, mordiéndose los labios de cólera, con el oficial:

—Salga de aquí inmediatamente!

—Permítame...

—¡He dicho que salga!

—¿Me permite?

—¡Salga!

Angela, con voz casi rota por la emoción, rogóle:

—Sí, sí; vete... Ahora vete.

Pero Giovanni no perdía su aplomo.

—Volveré mañana.

—Se guardará usted muy bien— exclamó Quiaromonte.

—Vendré, señor. Quiero que nos casemos.

—¿Qué?

—Lo que oye.

Ella suplicaba:

—Escucha, papá.

—Nada quiero escuchar.

—Pero no ves...

Hubo que cortar aquella escena. El oficial saludó militarmente y giró sus talones. Angela bajó los ojos ante la mirada hinchada de severidad, de su padre.

LA MADRE QUE HUYO

*AAA*  
Poco después, Angela acudía al despacho de su padre.

Su gesto era compungido, aunque en su ánimo trajese un propósito inquebrantable de decisión.

Levantóse el príncipe al verla, pero ella atajó su actitud de reconciliaciones.

—Papá; antes de que digas nada... siento lo ocurrido.

—Así lo espero. Doy por supuesto que es ésta la primera vez.

—Desde luego. Te lo hubiera dicho...

—Ahora ya sabes quién es ese hombre.

—Sí; ya sé.

—Lo mejor será olvidar ese desafortunado suceso.

Angela se expresó con firmeza.

—No es desafortunado.

—Puede que afortunado, puesto que abrió tus ojos.

Evidentemente, caminaban por muy distintos derroteros.

Angela aludía a su amor por Giovanni.

—Sí; los abrió. No comprendí la verdad hasta hoy. Me hubiera casado con Ernesto.

—¿Hubieras? ¿Qué es lo que quieras decir?

—Quiero a ese hombre. Al otro; eso es lo que hasta hoy no supe. Y él me quiere a mí. Lee lo que dice esta carta. Te convencerás.

Le entregó una carta de Severi,

y le hizo algunas infantiles advertencias.

—Donde habla de Orlando... es una broma nuestra...

Rasgó el príncipe en varios pedazos el papel, en medio de las protestas de su hija.

—¡Papá! ¡No! ¡Su carta! ¡Me pertenece!

—¿Estás loca? En vísperas de casarte, y...

Entonces, llorando, suplicante:

—¡Papá! ¡Papá! He tratado de obedecerte. He intentado querer a Ernesto. He rezado noches enteras. He pedido a Dios...

—Hija mía. Tienes que casarte con Ernesto.

—Pero ¡si no le quiero! ¡Cómo casarme sin amor! Tú y mamá os queríais, ¿no es así?

Creyó que quemaba el último cartucho y que el argumento tendría valor definitivo, pero fué grande su extrañeza al oír a su padre expresarse de este modo:

—¡Tú qué sabes sobre tu madre! ¿Por qué crees que he rogado a Dios que no te ocurriera nada semejante? Tu madre hablaba como tú hablas hoy... Me dejó, y te dejó a ti, porque creía haber encontrado el amor.

En el alma diáfana de Angela, aquella tragedia de pasiones, sonaba a cosa de otro mundo donde las personas fuesen de modo distinto.

—¿Hizo eso?

—¡Y tú quieres incurrir en el mismo error!

—¿Dónde está ella?

Gradualmente crecía el tono encolerizado del príncipe.

—Quieres ir con ella, ¿eh?

Quieres saber si estaba en lo cierto. Si deberías tú seguir su ejemplo.

—¿Pero dónde está?

Tal vez la única obsesión de Angela fué siempre el enigma relativo a su madre.

Quiaromonte lo aclaró en aquella ocasión solemne:

—Tu madre murió. Fué abandonada por aquel hombre y quitóse la vida.

Angela quedó anonadada y repetía como el eco de una voz lejana:

—Mamá... ¿Se suicidó?

—Sí.

Luego ella volvió el pensamiento a su caso:

—Pero... lo mío... Esto es distinto.

—¡Bah!

—Giovanni no es así. No es jus-

L A H E R M A N A B L A N C A  
to juzgarle con arreglo a la conducta de aquel otro.

—Pero sí juzgarte a ti por tu madre. Te prohíbo hacer disparates. Te casarás con Ernesto Traversi.

Entonces hubo un arranque del ánimo de Angela, de aquella mu-

chachita tímida, que no era fácil de sospechar.

—¡No! ¡No! ¡No puedo y no quiero! Tengo que ver a Giovanni. Y lo haré aunque me cueste la vida. ¿Lo oyes bien, papá? Aunque me cueste la vida como a mi madre.

### LA CARRERA EN LA NOCHE

Salió Angela como alocada y dirigióse a su cuarto apresuradamente.

Marta inquirió:

—¿Qué pasa? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a buscarle, Marta. Voy a buscarle.

—¿Estás loca?

—No sé, tengo que ir. ¿Sabes qué hizo mi madre, Marta? Se fué.

Y con paso atropellado corrió hacia la puerta.

—Espera — suplicaba la señora Berard —. Espera a mañana.

—No, no; sería tarde.

—¿Pero él te quiere?

—Sí, sí. Me quiere y me voy con él.

Marta no pudo evitar que saliese en carrera veloz. Y fué en seguida,

clamando angustiosamente, junto al príncipe de Quiaromonte:

—¡Excelencia! ¡Se ha ido! ¡Se ha ido!

—¿Dónde?

—A buscarle al cuartel. No pude detenerla. Va como una loca.

El grito de una orden enérgica fué el único comentario de aquel hombre.

—¡Mi coche!

El auto donde iba Angela llevaba ya alguna delantera, y perseguido por el de su padre, llegó hasta el cuartel.

Angela dijo con voz entrecortada:

—Deseo ver al teniente Severi...

—¡Cabo de guardia! — se oyó una voz cuartelera.

—Deseo ver al teniente Severi. Me urge.

—Los oficiales no duermen aquí, señorita.

—¿Dónde, pues?

—Sé que él vive en la ciudad. ¿Por qué no va al Club Militar? Allí le informarán.

—Gracias.

Preguntó al chofer si sabía dónde se hallaba el Club Militar, y al responder afirmativamente, ordenó

le enfilar a toda prisa el coche hacia allá.

Pero el automóvil del príncipe, bajo sus apremiantes órdenes, corría vertiginosamente tras la fugitiva.

En uno de los cruces del camino, quiso el chofer de Quiaromonte salir al alcance del vehículo perseguido.

Un viraje apresurado; unos frenos que en la confusión del instante no se manejan con la debida premura, y los dos vehículos coincidieron en un choque horrible.

Angela, en el meteoro de aquel momento, tuvo tiempo de ver al príncipe a través de los cristales.

—¡Padre! — salió en un grito desgarrado de su pecho.

Los automóviles quedaron destrozados, y de entre las tablas maltrechas de uno de ellos, al cabo de un rato, salió la voz ahilada de Angela:

—¡Papá!

Un grupo de soldados llegó, con apresuramiento de auxiliar a las víctimas del accidente, y al oír las palabras de Angela, acudieron varios, en ayuda de ella.

—¿Está herida, señorita?

Pero Angela tenía sólo la terri-

ble obsesión de lo que hubiera podido ser de su padre.

—¿Y él? ¿Y él? — balbucía.

El yacía con los ojos muy abiertos, entre los restos del otro coche, para no levantarse más.

Uno de los soldados declaró con pesadumbre:

—El no lo contará.

Los ojos de Angela miraban alejados, como si por unos minutos, toda la capacidad de su cerebro no fuera suficiente para apreciar la magnitud de la desgracia.

Un hilo de sangre salía de su boca.

En sus oídos sólo zumbaba la terrible certeza: "El no lo contará".

### LUTO Y RENUNCIACION

En unos días, después de muerto el príncipe, la casa de Quiaromonte quedó derrumbada, ya que su boato era más bien ficticio y sostenido sólo por la presencia del padre de Angela.

Los acreedores estrecharon el cerco y hubo que poner a subasta el palacio y todos sus enseres.

Angela marchó con Marta a habitar en una casa modestísima.

Por eso, cuando Giovanni fué al palacio con intención de entrevistarse con Angela, quedóse asombradísimo ante los informes del portero.

—Ya le digo, mi teniente, que nada más sé. Tengo entendido que

se marchó anoche. Se ha ido a vivir a otra parte.

—¿No se sabe dónde?

—No.

—¿Y el hombre que estaba aquí ayer, el antiguo portero?

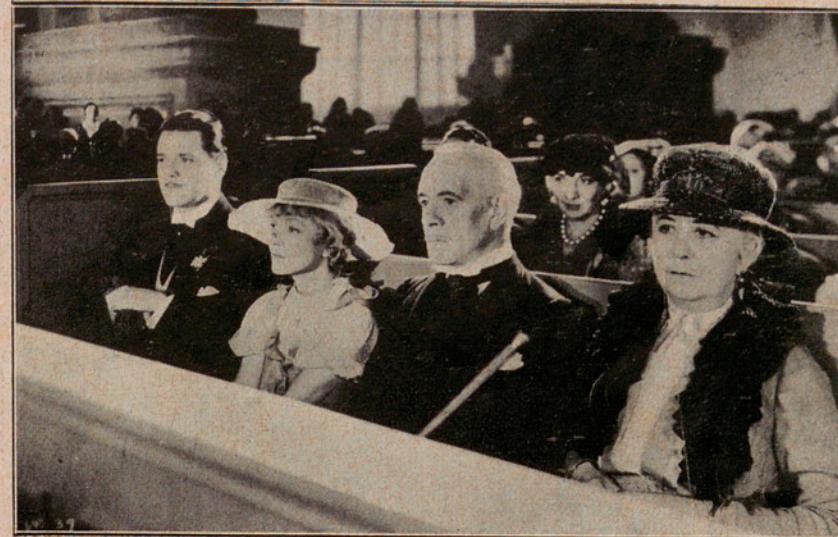
—También se fué, como todos los demás.

El oficial quería una última tentativa para cerciorarse por sus propios ojos:

—¿Pero no puedo pasar?

—No, mi teniente. Están realizando la tasación. ¿Es usted uno de los acreedores?

—No, no soy uno de los acreedores.



... Angela no expresó grandes emociones en sus ojos inocentes...



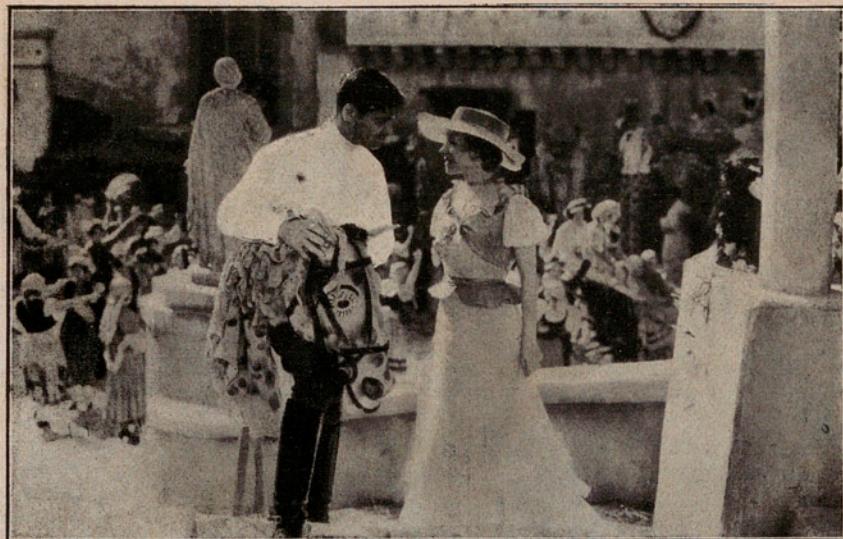
—... ¿qué es lo que ocurre?



... cosió pacientemente la seda.



—... si algo le sucede, llame tres veces.



—¿Conoce a mi papá?



—... es usted preciosa...



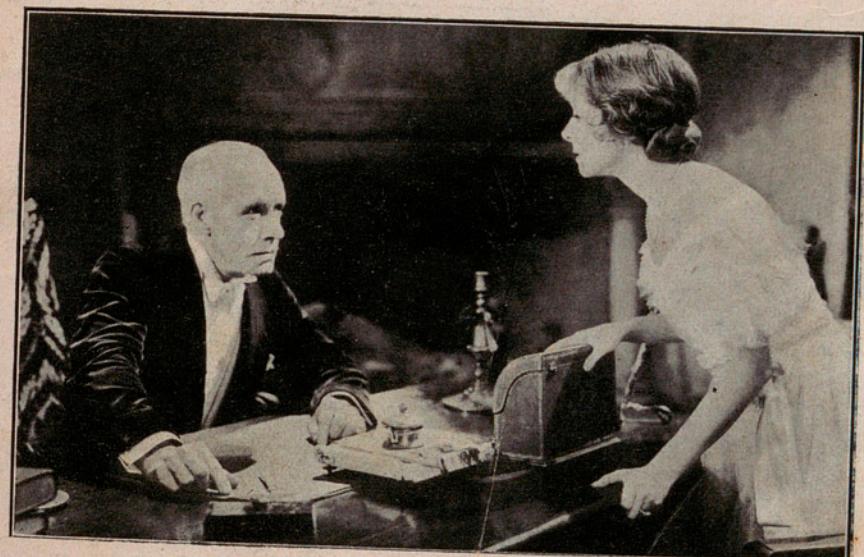
—... nunca le olvidaré.



—¿Quiere usted bailar?



—He querido decirle adiós.



—... ya sabes quién es ese hombre.



—... ¡cómo casarme sin amor!



—Traigo aquí unas cosas...



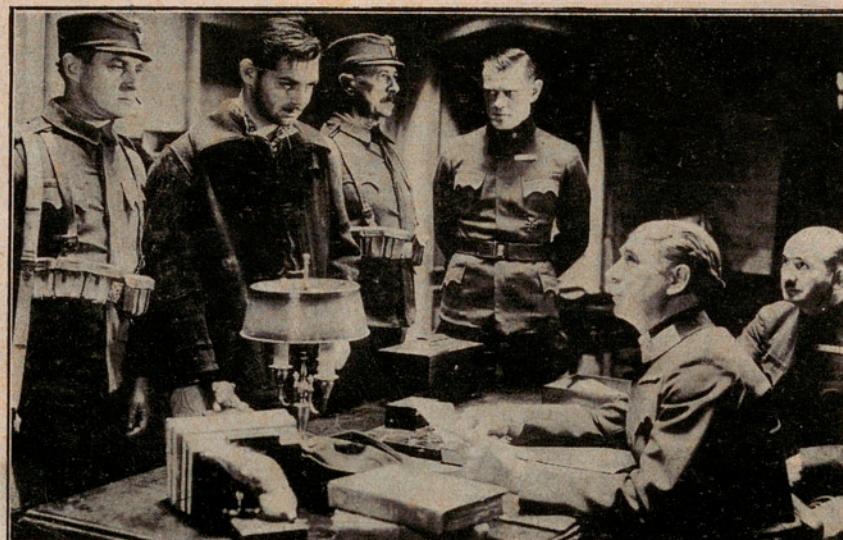
—Sólo he querido que supieras que...  
te sigo queriendo.



... la condujo hasta el interior del convento.



—Aquí está prohibido tener nada propio, hermana,



—¿Su nombre?

—Menos mal—y el portero cerró la verja sin más explicaciones.

De allí fué Giovanni, sin perder momento, al domicilio del padre Saracinesca.

Este recibióle con la afabilidad que dispensaba a todo el mundo, aunque en su rostro había ahora la huella del disgusto reciente.

—Pase... pase—dijole a Giovanni.

—Perdone, padre.

—Diga, diga.

—Yo soy el...

—¡Ah!, sí, cierto; siéntese.

—Gracias. Verá, padre. No tengo noticias de Angela. No responde a mis cartas. Ignoro dónde está. Como usted es tan amable y tan buen amigo de ella...

—Fuí también un buen amigo de su padre.

Había un tono de reproche en estas palabras, que el buen padre no pudo dominar.

—Me culpa de lo ocurrido, ¿no?

—lamentóse con tristeza el teniente—. A ella no la culpará. Escúcheme; si es su amigo, debe decirme dónde está; porque he de ayudarla, porque la quiero.

—¿Aunque ella no deseé verle?

Giovanni se sublevaba ante esta idea y no la admitía.

—No es cierto; no puede serlo. Quieren apartarla de mí. No me dice la verdad. Pero la encontraré.

Entonces el sacerdote cambió la sequedad de su acento:

—¡Giovanni!

—¿Qué?

—Cuando usted entró, acababa de escribirle una nota... pidiéndole una entrevista.

—¿Para qué?

—En primer lugar, quería ver qué clase de persona era usted; el apuesto militar que cautiva a las doncellas.

—Pues ya lo ve usted.

—Ahora, sí. Mire; le he dicho que ella no quiere verle, y es cierto. Su desgracia la dejó aniquilada, deshecha. He aquí su dirección. Creo que le será posible persuadirla de que la vea.

Al teniente le conmovió aquella actitud de lealtad y buena fe:

—Padre—excusóse—. Siento si le he hablado con alguna brusquedad. Comprenda...

—Todo lo comprendo.

Entretanto, en un piso alto de casa modesta, hacían su vida

pobre, frugal, monótona y triste, Angela y Marta.

La primera no conseguía salir de aquel estado de anonadamiento en que habíale sumido la tremenda desgracia de aquella noche inolvidable.

Vestía rigurosamente de negro, color que realzaba la belleza suave de su rostro.

La señora Berard entró aquel día con unos paquetes, y un anticuado gramófono, y, como de costumbre, procuraba con un fingido olvido de lo que sucedió, levantar el ánimo de la muchacha:

—Prepárate. Te traigo una sorpresa que te gustará. ¡Oh! No probaste bocado.

—Sí, Marta — contestó Angela con su voz débil y velada—. He comido muy bien. ¿Sabes en lo que estaba pensando ahora mismo?

—Si no pensaras tanto, sería mejor. ¿Qué era ello?

Prefirió Angela guardarse sus pensamientos:

—No, nada.

—No puedo dejarte sola un instante.

Al volver la vista la muchacha, vió aquel gramófono de antigua

factura, que Marta traía con tanto alborozo:

—Marta, ¿qué es eso?

—Lo he pedido prestado. No irá mal un poco de distracción.

Y como tratase Angela de ayudarla a poner en marcha aquel aparato, le dijo:

—¡Quita de ahí! ¿Qué sabes tú de esta maquinaria? Ya está; ¿ves?

Los discos debían ser tan viejos como el aparato, porque la aguja no salía de los primeros surcos y sólo oíase las mismas palabras siempre repetidas.

—¡Qué bien se oye! —dijo Angela, burlonamente.

—Agrada oír la música ¿eh?

—Sí... mucho.

Se oyeron unas fuertes llamadas en la puerta:

—¿Quién es?

—Buenas tardes—. Y penetró nada menos que el teniente Giovanni.

Presa de gran excitación, pero aparentando tranquilidad:

—¿De dónde sale? —preguntóle Marta.

—¡Hola! ¿Cómo estás, Angela?

—dijo Severí, dirigiéndose a ésta.

—¡Hola! ... contestó la mucha-

L A H E R M A N A B L A N C A

cha, sin alterar su actitud pesarosa de desgarro.

Sonaba en el gramófono una música carraspeante, y el oficial decidió interrumpirla.

—Mucho cuidado —advirtió la señora Berard, temiendo que se tratase bruscamente el artefacto—; no es nuestro. Nos lo prestaron.

—¡Ah! Entonces, ¿quiere devolverlo?

Y se lo puso en los brazos a la vieja, la cual ya no tenía otro remedio que seguir la indicación.

—¿Almorzaste? —le preguntó él a Angela—. Traigo aquí unas cosas. Unas flores, vino de Jerez... Pero quisiera oírte hablar.

Las solicitudes de él no lograron que saliese de su ensimismamiento y comenzase a reintegrarse a una vida normal en que el olvido fuera calmando el dolor.

Puso sobre la mesa la botella de Jerez e inquirió, como no lo encontrase a mano:

—¿Y el sacacorchos?

No obtuvo respuesta, y propuso:

—¿Lo dejamos para mañana?

—Igual da hoy que mañana — fué la contestación de Angela, y sonó como un eco de desesperanza fatalista.

Pero el animoso Giovanni estaba dispuesto a vencer todos los fatalismos, y como cosa convenida, apuntó:

—Claro que, cuando pase el luto, nos casamos...

—No pienso hacerlo nunca.

—¿Dónde dices que está eso? — interrogó él, como si no hubiese oido nada y refiriéndose al sacacorchos.

—En la cocina.

—Bien, ya lo tengo. Oye, entonces, seremos sólo amigos. ¿Qué opinas de eso?

—No digo nada.

Llenó él dos copas de aquel vino generoso:

—Este te gustará.

—Giovanni, no puedo volver a nada, fuera de mi dolor. No puedo, después de lo pasado.

No es que en el fondo culpase estrictamente al oficial de la muerte de su padre; pero la idea de que él había sido la causa, por muy involuntaria que fuese, no dejaba de obsesionarla.

—Ya sé —asintió Severí—; hablo por hablar.

—¡No puedo, no puedo! —le suplicaba ella—. ¡Vete!

—Bien, me iré. Sólo he querido

que supieras que... te sigo queriendo.

Y salió con paso rápido de la estancia.

Marta, que regresaba en aquel momento, compadecióse de la muchacha:

—Vamos, criatura, pobrecita...  
¿Se ha ido?

—Sí; le hice marcharse, Marta. Marta sólo supo echar mano de sus bondadosas, aunque inútiles y ambiguas razones:

—¡Oh! ¡Qué vida! Así es el mundo. Ya volverá.

Y, mientras, sorbo a sorbo, ingirió las dos copas que estaban intactas sobre la mesa.

## ITALIA CONTRA LAS POTENCIAS CENTRALES

Hervían las gentes por las calles en entusiasmo bélico. La pasión patriótica hinchaba los pechos y las gargantas, y los que no vestían el uniforme ni desfilaban rítmicamente, dispuestos para incorporarse a las trincheras, vitoreaban a éstos a toda fuerza de sus pulmones.

Corría de boca en boca la arenga inflamada: "Las potencias centrales amenazan la seguridad de Italia; los italianos sabrán defender el honor de su bandera".

Hasta el piso remoto habitado por Angela y Marta, llegó el ruido del desfile y de los tambores.

—¿Qué pasa? ¿Qué algazara es esa? —preguntó Angela.

—¡Locos! Van como a una divertida excursión.

Asomóse la muchacha a la ventana y vió desfilar a las tropas con todos los pertrechos de guerra.

Inmediatamente, relacionó aquello con un peligro para Giovanni.

—¿Y Giovanni? ¿Irá también él? Acaso ya no le veré más. ¡Qué mal hice dejándole ir aquel día! Creí que ya podría pasar sin él. ¡Marta! ¡Pueden matarlo!

Entonces corrió hacia la puerta, al tiempo que la señora Berard le decía:

—¿Adónde vas?

—A telefonearle, a tratar de verle, a hacer algo... ¿Dónde hay teléfono?

—¿Para qué? Ya han salido de los cuarteles.

—¿Cómo lo sabes?

La buena Marta ocupábase tanto de los asuntos de Angela como ella misma:

—Vengo de allí. Fuí en su busca, tan pronto como me enteré.

—Lo peor es que se fué, y no ha vuelto. ¿Ves cómo no ha vuelto? Gracias por haber ido al cuartel.

Emitía las palabras con cierta incoherencia, mas para ella tenían un perfecto sentido.

—Bien, sí. Marchó, marchó... Será que así debía de ser. Parece que algo o alguien ha de oponerse siempre entre los dos. Mi padre, tal vez. ¿Quién sabe?

—Volverás a verle, hija, créelo.

—No lo sé, Marta. Cuando empezaba de nuevo a sentir el amor... Aunque no hubiera guerra, algo hubiese ocurrido. Habría de verle aquí ahora, y no tendría esperanza. Quizá es mejor que no lo vea. Sí, mejor. ¿Verdad, Marta? Te agradezco mucho, de todos modos, lo que has hecho.

Después, como oyese que continuaba el ruido de los tambores y el desfile de la tropa, bajo las ventanas, expresó:

—Acaso va ahí. Quiero verle una vez, sólo una vez.

Al descender por la escalera, le salió al paso un militar equipado para campaña: el propio Giovanni.

—¡Hola!—saludó éste con jovialidad—. Parece que hay guerra.

—¿Vas tú? ¿Partes en seguida?— interrogó Angela, ahogada de congoja.

—Claro.

—¡Qué desgracia, esta guerra!

—No tiene importancia. Es lo mismo que ir al dentista.

—¿Durará mucho la guerra?

—Yendo yo? ¡Imposible!

Ella no pudo menos de reír.

—Marta dice que no cree que dure mucho tiempo.

La señora Berard rezongaba:

—¡Si yo tuviera aquí a los que la empezaron! Me voy a la azotea. ¡Cuidado con las balas, Giovanni!

—¡Marta!—suplicó Angela a la señora Berard, al ver que la dejaba a solas con Severi.

Pero ella subió a la azotea, pues provocaba de propósito la temida soledad.

El teniente dijo a la buena mujer:

—No tenga usted miedo.

Y ésta respondióle:

L A H E R M A N A N A B L A N C A

—¡Ah, la guerra! ¡Ahora la guerra, la guerra!

A Angela sólo le interesaba lo relativo a la marcha al frente de Giovanni:

—¿Cuándo crees que tienes que ir... al dentista?

—En seguida, pero vuelvo pronto.

—¡Dios mío! ¡Si estuviese en mi mano evitarlo!

—Espero que aún habrá un poco de Jerez.

—Sí... Alguien lo trajo el otro día.

—Alguien, ¿eh?

—Sí; alguien muy amable.

—Aquel famoso Orlando, a lo mejor. No sé cómo tolero que entren extraños en nuestra casa. ¿Qué hay de cenar, mujercita? ¿Ravioles? ¿Bistec? No, mejor, té y pastas.

Llenó las copas de Jerez y levantó la suya para brindar:

—¡Por el dentista!

—¡Por el dentista!

—¡Por mi prometida! ¡Por mi esposa! Ya te estoy viendo con tu traje de novia. Estarás admirable.

—Sí, algún día vestiré ese traje.

El hablaba con la seguridad que comunican la fuerza y la juventud:

—Pronto volveré.

—Estoy segura.

—Y te pondrás ese vestido de novia. Yo ahora no puedo demorarme.

—Es ya el momento?

—Sí.

Se quitó ella del pecho una medalla con fina cadena de oro y entregósela con ternura maternal:

—Esto te dará suerte.

Juntaron sus labios con todo el amor de sus almas, en un beso apasionado y tenaz de despedida, y él dijo adiós, definitivamente, bajando los escalones a toda prisa, sin valor para volver la cabeza.

En el rellano de la escalera se oyó el grito de Angela:

—¡Orlando! ¡Giovanni!

EL AZAHAR ESPERA

Con temblores presurosos de novia ilusionada, Angela mostraba al Padre Saracinesca la carta recién venida, caliente aún, como si tuviera el alentar de un pájaro, del campo de operaciones.

El buen sacerdote, que ahora menos que nunca abandonaba a la muchacha en sus zozobras, sentado en un sillón quería oír la lectura de aquella misiva tan "importante".

Leyó ella, al tiempo que explicaba el lenguaje de broma que Giovanni solía emplear:

—Este "Caradestopa" de que habla es su coronel. Vea lo que dice aquí: "Me dará permiso dentro de dos semanas... y sólo me resta ir a tu lado, para hacerte mi honesta mujercita". ¡Cómo bromea!, ¿eh?

—¡Claro! —dijo con tono rotundo el Padre—. Así tiene que ser. Continuó leyendo:

—“Así, prepara los azahares y el traje de boda de la abuelita, porque...” ¡Oh!, lo demás, es algo que trata de amor...

El excelente Padre no hizo caso del ligero carmín de sonrojo que pintó un momento dos rosas en las mejillas pálidas de la muchacha:

—Bien, sigue, sigue; me interesa eso del amor.

Porque lo cierto es que aquel pastor de almas tenía las mismas inquietudes que si fuese él quien aguardase, en lugar de Angela, al teniente.

—Dos semanas—se puso a calcular ella—. Sólo catorce días.

L A H E R M A N A B L A N C A

Creímos que fuera más de un mes.

—Han pasado muchos meses, ¿no?

—Demasiados meses, Padre; dos semanas y...

Interrumpió Marta:

—¡Qué criatura! Cree que va a venir a casarse con ella.

El Padre se puso muy severo:

—Se las verá conmigo, si no.

—Oye esto, Marta—dijo Angela continuando la lectura—. “Si Marta no se ha bebido todo el Jerez... brindad por el dentista, ya que me hacen jefe de la Escuadrilla de aviones”.

—Hagámoslo en seguida —propuso Angela.

—Muy bien—dijo el Padre Saracinesca, a quien se le contagaba el entusiasmo.

Destaparon la botella del Jerez y pronto estuvieron llenas las copas.

Marta rezó en tono sentencioso:

—¡Oh, el amor, el amor!

—Marta, creo que estás celosa —observó el Padre mirando con un guiño el líquido de las copas.

—Niñerías; no he probado nunca el vino.

Angela creyóse en el caso de corroborarlo:

—Claro que no. Tome, Padre. Y se dispusieron a beber, sin olvidar a la buena señora:

—Marta, bebamos ahora por Giovanni.

—¡Por Giovanni! —exclamó el sacerdote— y también por ti, hija mía. ¡Que Dios te bendiga y que te haga muy feliz, que bien lo mereces!

En aquel instante un ruido espantoso pareció que resquebrajaba las casas de la ciudad. Cayeron en añicos muchos cristales y se escuchó el eco de derrumbamientos próximos.

La explosión dejó suspensos a Angela y sus amigos.

—Es otro ataque aéreo —dijo emocionadísima la primera.

—¡Oh, cuándo acabarán!

Cuando retornó el silencio y todo parecía reintegrado a la normalidad, Angela fué a continuar la lectura de la carta:

—¿No había terminado, verdad? A ver, ¿dónde estaba?.. “Me dará permiso dentro de dos semanas, y sólo me queda ir a tu lado para...”

Intervino el sacerdote, y muy razonablemente, por cierto:

—¡Diantre, aún no hemos brindado!

—No; es cierto. ¿Verdad, Padre?

—Pero lo haremos ahora. ¡Por ti, hija mía! Que bien lo mereces.

—Gracias, Padre. Yo espero...

No pudo acabar la frase, porque

el estampido de otra explosión de las bombas aéreas ensordecíoles otra vez.

Eran estas explosiones como el heraldo trágico que traía la terrible noticia de la guerra.

## EL COMBATE AEREO

En torno de su coronel, un buen grupo de aviadores aguardaba la distribución de los servicios.

Era la plenitud de la guerra y nadie ignoraba que todo lo que se pidiese a un oficial estaba justificado por la gravedad de las circunstancias.

El jefe de aquellos abnegados héroes del aire oyó la llamada del teléfono y se puso al aparato:

—Sí, envío escuadrilla E, con Severi al mando. Bien, siete treinta y tres—se le entendió decir después de un rato de silencio durante el cual, sin duda, recibiría instrucciones.

Volvióse a los oficiales para explicarles:

—Ahora tienen que salir. Deben encontrarse en el sector 14, a las siete treinta y tres. Les hallarán a doce mil pies y les escoltarán hasta la entrada del túnel. Ese túnel tiene que demolerse, señores. El enemigo está pasando hombres del frente ruso a razón de 50.000 por día. Los bombarderos tienen que pasar la línea. Es todo lo que tengo que decirles. Pueden marcharse, y buena suerte. ¡Ah, Severi!

Y llamó a Giovanni, para deslizar en su oído:

—Como ve está metido en una cuestión seria, de gran responsabilidad.

—Sí, señor. Lo peor será para el túnel.

—Le daría a usted seis aviones más, si los tuviera.

—¡Bah! Revolucionarían el aire tantos aparatos.

—¡Giovanni! Pase lo que pase, no olvide que...

Iba a decir su nombre el coronel, pero se acordó del remoquete con que le bautizara Severi, que no desconocía.

—... no olvide que... "Caradestopa" cuida de usted.

Al muchacho le cogió aquello algo de improvisto:

—¿"Caradestopa", señor?

—Sí, "Caradestopa"!

—Gracias.

Y unos momentos después las hélices giraban y desplegaban triunfalmente, en correcta formación los aparatos.

Batían con furia los aviones el aire, horadando las nubes.

El ruido monocorde, el crepitar frugoroso de cada motor, iba dejando una estela ronca en los espacios.

Giovanni, con el casco de cuero y los gruesos cristales sobre su cara y su cabeza, oteaba el horizonte como un monstruo vigilante.

No oíase al principio el ruido de

otros motores que no fuesen los de la escuadrilla.

Pero, al fin, otro tabletear en el viento se escuchó cerca de los aviones italianos.

Estos no habían pasado inadvertidos para los aviadores adversarios, que intentaban con una tenaz estrategia efectuar un movimiento envolvente.

Aprestáronse los cañones ametralladoras que iban a ambos lados de cada piloto.

La saña mutua de aquellos pájaros de acero apetecía la ineludible destrucción del contrario, que de subsistir realizaría su objetivo.

Severi pasaba por ser de los mejores tiradores, y no tardó en hallar ocasión de demostrarlo.

Uno de los aparatos con la cruz de hierro austriaca, pasaba por encima de su avión, dentro de la línea de tiro.

Disparó Severi. Oyóse el tableteo de las detonaciones, y un llamar intermitente se vió entre los hierros y las alas.

El piloto enemigo se aupó un instante en su asiento y en seguida descendía el aparato en barrena, dejando una larga cola de humo.

Un rato después el italiano repi-

L A H E R M A N A B L A N C A  
tió, con la misma suerte, su mortífera tarea.

Otro avión enemigo caía envuelto en llamas sobre la planicie del campo.

Los demás proseguían su raid, sin tiempo para reflexionar sobre la suerte de sus compañeros.

Severi, triunfante, avanzaba, seguido de los suyos, hacia el objetivo del túnel, que no dudaba en destruir.

Un aviador enemigo colocó sobre su línea de vuelo. La ametralladora comenzó a funcionar.

Varios impactos iban agujereando los tubos del motor.

De pronto el aparato hizo un giro, una pируeta dislocada en el aire y cayó sobre la tierra, en espiral.

La escuadrilla continuaba, conti-

nuaba, atento cada cual a no dejarse matar.

Y cuando, de regreso, logrado el objetivo del túnel, el coronel les felicitaba y pasaba revista de los héroes, cada uno respondía, cuadrándose:

—Teniente Cominelli.

—Presente.

—Teniente Sorrosali.

—Presente.

—Teniente Fabrasi.

—Presente.

—Teniente Camarerí.

—Presente.

—Teniente Giovanni Severi.

Todos los aviadores avanzaron de un modo simultáneo y se oyó una voz colectiva:

—Presente.

Era la fórmula, cuando el nombrado ya no podía responder...

POBREZA, CASTIDAD, SUMISIÓN... Y OLVIDO

Con mano trémula, Angela acariciaba aquellas pequeñas cosas del uso de Giovanni, que le habían enviado del frente:

—Fué su capitán quien me las envió.

Y dió un profundo suspiro.

—Nunca creí que le ocurriera nada—decía Marta.

—Tampoco yo... y, ya ves, ¡oh!, pobre de él y de mí.

La congoja privaba de todo reposo a la infeliz, pero aun tenía ánimos para aconsejar a su fiel y vieja amiga:

—Vamos, Marta. Estás rendida.

A la cama. Procura dormir.

—Es probable que aun vuelva.

—¿No ha de volver, Marta? ¿A

qué pensar en eso? Ya es hora de que vayas a descansar. Anda; yo iré pronto.

Llamaron a la puerta, en esto.—¡Hola, hija mía!—dijo el padre Saracinesca, que era quien llegaba, al entrar—. Siento no haber venido antes.

—Sí; también yo.

El rostro del sacerdote no expresaba nada que no fuera el desaliento. Angela inquirió con angustiosa ansiedad:

—¿Qué? ¿Noticias? ¿Oficiales?

—Sí; oficiales—y bajó la cabeza, vencido por la pesadumbre.

—Está bien. Siéntese, padre.

Luego, con un hilo de voz, tembloroso:

L A H E R M A N A B L A N C A

—Desearía que dijeran misas por su alma.

—Así lo he dispuesto.

—Gracias, gracias.

Hubo un silencio, al cabo del cual, ella exclamó:

—¡Padre!

—¿Qué quieras?

—¿No lo habrá hecho Dios a propósito?

—No comprendo lo que quieras decir.

—Que acaso Dios no quería que me casase.

—¿Qué?

La educación religiosa de Ange-

la y el fermento acendrado de fe que siempre existió en su alma, la iluminaron de súbito con un propósito que convirtióse en seguida en vivo deseo. Algo como una voz, limpia de las miserias terrenas, llamábala a la renunciación.

—No, padre. Yo no me casaré jamás. El dispondrá de mí. Y si es así la voluntad divina, seré feliz sirviendo al Señor y vistiendo los hábitos de monja. Si consigo acercar mi alma a Dios, ¡qué dicha!

—¡Si tú tuvieras vocación!—dijo pensativo el sacerdote.

Ella aseveró, con acento firme:

—La tengo, padre.

\*\*\*

La vida, que enlaborinta los destinos y provoca las desgracias en el aire y en la tierra, no quiso que Severi muriese.

Milagrosamente, quedó con vida, al caer envuelto en llamas su aparato, y herido y maltrecho, fué auxiliado por una familia campesina de aquel paraje.

Aquella buena gente, aunque

austriaca, no distinguía de nacionidades para eludir la ternura que produce ver a un hombre joven desangrándose y acercándose a la muerte.

Le habían recogido después de hallarlo, casualmente, sin poderse valer, en la soledad del campo, y cuidaban ahora de él con cariño ejemplar.

La dueña de la casa campestre era una matrona rubia y rolliza, de ojos dulces y bonísimo corazón.

Tenía una verdadera tropilla de hijos de ambos sexos y distintas edades, y todos ellos querían ya entrañablemente al oficial italiano.

Aquella tarde hallábase éste durmiendo, y los niños gritaban, jugando a los militares, como casi siempre:

—Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres...

La madre les amonestaba:

—¿Qué es esto? Vais a despertarle. ¡A dormir, a dormir!

—Yo no quiero ir a dormir — respondía un muchacho.

—Acostáos y dejadle descansar. Pero Giovanni se levantó para hacerles coro:

—Uno, dos, tres, cuatro...

Reía con los chiquillos y le emocionaba aquel afecto de gentes sencillas, más fuerte que los prejuicios trascendentales de fronteras.

En los umbrales de la puerta del convento se encontraron Angela y su director espiritual.

—¡Hola, Angela! ¿Cómo te encuentras?

—Bien, muchas gracias, padre.

—Ven por aquí.

Y el padre Saracinesca la condujo hasta el interior del convento.

Una caricia de calma influyó gratamente sobre su ánimo. Se respiraba entre aquellos muros altos una dulcísima serenidad.

El sacerdote le hizo la presentación de una religiosa:

—La hermana Genoveva.

—Tanto gusto.

—Ahora despídete aquí de Mar-

ta. A la señora Berard le caían las lágrimas por las mejillas.

—No te entristezcas — le dijo.

—Nos veremos todos los meses.

La buena señora le hizo entonces entrega de un medallón que traía envuelto cuidadosamente.

—Querida Angela, toma esto para ti.

—Gracias, mi buena, mi querida Marta.

Angela guardóse el obsequio.

El padre Saracinesca dijo a la señora Berard:

—Espera un poco. Te acompañaré.

Se cruzaron los últimos "adiós" y quedó ella dentro del convento, al otro lado de la puerta que la separaba de los ruidos complicados del mundo.

Una monja se acercó para indicarle el camino.

En su rostro había una austera inmutabilidad.

—Ave María Purísima — dijo al llegar junto a otra religiosa.

—Sin pecado concebida.

—Esta es Angela, Sor Teresa.

Fué Sor Teresa al ropero y trajo una ropa negra, de novicia, para Angela.

Poco después, todas las prendas que había vestido en la vida del mundo fueron cayendo en un montón que, aun caliente, parecía un cadáver, y al ser retiradas para siempre fueron el símbolo de lo que ya no puede volver.

El traje negro de novicia sentaba perfectamente al cuerpo esbelto de Angela y dábale un nuevo empaque de modestia espiritual.

En la celda, que parecía el nido blanco de un palomar, repararon en que habíase colocado en el pecho el regalo de Marta, y se lo desprendieron inmediatamente.

—Aquí está prohibido tener nada propio, hermana.

—¡Ah!, ¿sí? Lo siento.

—¿Dónde lo envío?

—A casa... es decir, donde vivía con Marta.

—Bien, ahora la presentaré a la madre.

La madre superiora daba órdenes en aquel momento, en su despacho:

—Diga a Sor Caridad que releve a Sor Dorotea en el hospital, y que ésta se cuide del herido Barody.

—Sí, reverenda madre.

Hizo pasar a la nueva novicia a su presencia, y hablóle:

—El padre Saracinesca nos ha ponderado sus muchas virtudes.

—Procuraré dejarle en buen lugar.

—Muchas fracasan. Los votos de pobreza, castidad y sumisión son muy duros...

—Lo sé, Madre superiora.

—Nuestra labor es árida y cada

día ha de serlo más. Piensa bien que en todo momento, mientras dure el noviciado, eres libre de marcharte. Hasta el día en que tomes tus votos.

—Sí, reverenda madre.

—Eso es todo. He aquí las reglas de la orden. Confío en que serás una buena monja.

—Procuraré. ¿Puedo quedarme en mi celda?

—No, hija mía. Nunca usarás la palabra "mío" ni "mía". Nada es tuyo nunca más. Todo es de Dios: tu cuerpo, tu alma, todo, en fin.

—Sí, reverenda madre. Todo, todo.

Y un bálsamo de beatitud invadió serenamente su espíritu, como si, de pronto, su carne perdiera el peso de la corporeidad.

Ya estaba casi repuesto de sus heridas Giovanni, y aunque todo era tranquila felicidad en torno suyo, la obsesión de marchar le acuciaba intensamente.

Como de costumbre, aquel día, rodeábanle los hijos y las hijas de la dueña de la casa.

Ellos dedicábanse a su diversión favorita: el simulacro de la guerra, y se perseguían unos a otros, según a quién correspondió la victoria.

Las muchachas eran todas rubias, como si tuvieran una nube de cabellos pálidos, y dos trenzas de oro caían sobre sus senos. La sumisa bondad se leía en los ojos de ellas.

Uno de los chicos gritaba:

—¡Fuego, fuego! ¡Los italianos! Giovanni, al ver la marcha de la contienda, observó:

—Otra derrota italiana.

Una muchacha mayor dijo:

—Sí; los han vencido otra vez.

Y su hermana:

—“Was hat er gesagt?”

Y el niño más pequeño:

—“Mutter, Mutter, hilf mir.”

Discutieron todos en su idioma y por último explicaron al aviador, riendo:

—Dice mi hermanito que ya no quiere seguir siendo italiano.

—No soy yo quien lo encuentre mal.

Así seguían bromeando con en-

tretenimientos tan pueriles, cuando otra de las muchachas exclamó:

—“Die soldaten Komen.”

—Los soldados vienen — le tradujeron a Giovanni—. Los han visto en el pueblo.

—Malditos!

Y un momento más tarde, apoyándose en un cayado y con el peñado morral a la espalda, abandonaba aquella casa, para dirigirse a lo más arduo de su aventura.

—No está bastante fuerte para irse —le advertían cariñosamente.

—La frontera dista sólo veinticuatro kilómetros. Usted, señora, no tema nada. Ponga una cruz abajo, en la llanura. Si preguntan, dígales que quedé allí muerto.

La separación entre el buen Giovanni y aquella gente de bonísimo corazón fué un momento admirablemente emotivo.

\* \* \*

Giovanni no había conseguido llegar a la frontera.

Unos soldados le presentaban ahora, entre rejas de mausers, ante el oficial austriaco.

El oficial exigió con acento conminatorio:

—¿Wie heissen sie? ¿Name?  
Fragen sie wie er heisst?

El soldado intérprete repitió:

—¿Su nombre?

—Luissi Rossi.

—¿Que nacionalidad?

—Suizo.

—¿Los pasaportes?

—Los he perdido.

—Bien, comprendo.

Hubo un intercambio de frases en el idioma que Giovanni no entendía y, al poco, era internado en el campo de concentración de los prisioneros.

La primera escena que presentó allí fué la de uno de los presos que franqueaba la alambrada y huía a través del campo.

Un centinela echóse el fusil a la cara, disparó, y el preso cayó de bruces, como un fantoche abatido.

—¡Canalla! ¿Por qué disparas?

te? —le gritó otro de los prisioneros.

Dentro de aquellos corrales, cercados por alambradas, hacinábanse como bestias, rotas las ropa, barbudos, famélicos, los cautivos.

De casualidad encontró Severi un antiguo conocido.

—¿Cómo fué esto, mi teniente? —preguntóle.

—Pues, verás, Cessano. Picó el aparato de cola y no pude desprendérme. Nada más.

—¿Herido grave?

—Chamuscado.

—Bien, si está vivo.

—Sí, pero alguien ha de saberlo. Ella ha de saber que estoy vivo.

—El único medio de que lo sepa es que usted mismo vaya a decírselo. Algunos han intentado...

\* \* \*

Era la hora de la comida en el refectorio del convento donde cumplía Angela su noviciado.

Las religiosas, en un suave silencio, escuchaban la lectura piadosa de una hermana que leía ejemplos devotos.

Las paredes eran de una sublime pureza blanca y blancas también las tocas monjiles.

Flotaba allí algo inefable, como una frescura de nardo o una fragancia humilde de azahar; como si el ala de una paloma blanquísi-

ma hubiera dejado la dulzura de su roce.

Por los ventanales entraba una luz cernida y gloriosa que parecía llegar a aquel sitio con gozo santo y con unción.

Ofase la lectura de la hermana:

—“Con tal obediencia Santa Verónica fué un modelo vivo de la Or-

den...” “Siempre tenía en los labios una sonrisa para la superiora...” “Buscó siempre las más duras y humildes ocupaciones... Y pudo así gozar los excelsos favores concedidos rara vez a los Santos.”

Como un agua clara y serena caían sobre el corazón de Angela estas sencillas palabras.

\* \* \*

Mientras, en los dormitorios, mejor dicho, en las inmundas yacijas donde se tumbaban los prisioneros del campo de concentración, observábase un cuadro desolado.

La mayor parte yacía debatiéndose con la fiebre, y los oficiales austriacos pasaban con sendas máscaras sobre los rostros.

Giovanni preguntó:

—¿Qué desconcierto! ¿Qué ha pasado aquí?

Cessano le informó:

—El cólera. Hace una semana que se declaró. Casi todos están afectados.

El aspecto de Giovanni no recordaba ya lo que fué el apuesto teniente Severi.

—¿Qué están quemando? ¿Bá-

suras? —dijo Giovanni.

Su amigo, el soldado, repuso:

—Algo por el estilo: cadáveres. El médico ordenó que se les rocíe con petróleo y se les queme.

Por la mente de Severi cruzó el relámpago de un proyecto.

—¿De quién es ese avión? ¿Del médico? —interrogó con ansiedad a la vista de un aparato aterrizado cerca de la hoguera.

—Creo que sí.

—Bien; voy a jugar mi última carta. Doble contra sencillo.

A la noche puso en práctica su desesperado plan.

Los cadáveres de los apestados eran introducidos en sacos, y después los iban transportando en angarillas hasta la fogata.

Cogió uno de los sacos y cubrió-

se con él hasta cerca de las rodillas. Luego se tendió inmóvil, como perteneciente al montón de los fallecidos.

Cuando le arrojaron en la pira y sintió que rociaban con petróleo los cadáveres que le rodeaban, tuvo sólo el tiempo preciso para desembarazarse del saco con esfuerzos angustiosos.

Ya le envolvían las llamas, pero pudo correr y abandonar la pira, y dirigirse al aeroplano en que pensaba desde un principio.

Su pericia aeronáutica era muy grande, pero los preparativos duraron lo bastante para que el ruido de la hélice atrajese la atención de los centinelas.

Multitud de fogonazos llenaron la noche de fosforescencias.

Pero el aparato despegó y ya hendía triunfalmente los aires.

Afuera, en grandes piras, quemaban unos hacinamientos informes.

## LA HERMANA BLANCA DE SANTA GIOVANNA D'AZ

Aquel día de pleno sol y luz radiante, profesaba Angela en la Orden.

La ceremonia celebrábase con toda solemnidad. Asistían todas las religiosas y gran número de oficiantes eclesiásticos, y los coros infantiles, con sus suaves y acompañadas voces, llenaban el templo de cánticos de gloria.

Cubierto de todos los prestigios de su investidura, el obispo tomaba la solemne y definitiva promesa de profesión a la novicia.

Esta, de rodillas, tenía los ojos puestos en espacios fuera de este mundo; apenas sentía las sensaciones terrenales, y notábase ingravida,

da, perteneciente ya a las cosas cercanas a Dios.

Hizo el obispo las preguntas de ritual:

—Hija. ¿Cuál es tu deseo?

—Deseo de todo corazón, con toda mi fe puesta en la bondad divina, hacer voto de pobreza, de obediencia y de castidad.

—¿Estás dispuesta a dejar mundo, a dejar padres, amigos, vanidades y vivir sólo para Jesús?

—Toda mi vida lo he deseado.

—Es, pues, tu deseo renunciar a las pompas del mundo y vestir el hábito de hermana Blanca de Santa Giovanna d'Az?

## LA HERMANA BLANCA

—Es lo que quiero de todo corazón.

—¿Quieres, por lo tanto, que te consagre como esposa de Jesucristo?

—Quiero.

Entonces cayeron bajo la tijera sus hermosos cabellos y fué despojada del hábito negro y vestida con el velo, emblema de la castidad.

Después de todas las fórmulas del ritual, las últimas palabras de Angela fueron:

—Jesucristo, mi Señor, me ha consagrado su esposa, y esposa soy de Aquel que los ángeles acatan y cuya hermosura el sol y la luna admiran. Nunca aceptaré otro esposo que él.

## EL REGRESO

Por fin, el teniente Severi logró poner pie en el suelo patrio.

Sus primeros pasos, después de presentarse a las autoridades, fueron para correr a la casa donde Angela vivió.

Allí recibióle un nuevo inquilino, que a sus preguntas apremiantes sólo respondió:

—Yo no sé nada de lo que me dice.

Trasladóse, anhelante, de allí al domicilio del padre Saracinesca, donde le informaron de que éste se hallaba en el hospital de Santa Giovanna d'Aza.

Cuando al buen sacerdote, que hallábase con Angela dedicado al

cuidado de un enfermo, le indicaron: "Le aguarda un oficial en el hall", quedó un tanto perplejo.

Angela salía en aquel momento y pasaba al poco por delante de Giovanni, sin que ni uno ni otro reparasen en quiénes eran.

Sin mirarle apenas, la monja dijo al oficial con voz dulce:

—¿Busca usted al padre Saracinesca? Saldrá en seguida.

En esto Severi levantó la vista.

—¡Angela!

—¡Tú!

—¡Angela, Angela!

Ella abrió los ojos, primero como si fuesen a desorbitarse, después quedó sin fuerzas, semidesvanecida en los brazos de él.

Giovanni la aprisionó contra sí con el frenesí con que un resucitado se abalanzaría a beber el licor de la existencia.

Pero no tardó ella en sobreponerse a todo, por la fuerza de su compromiso religioso. La voz de Dios imperaba sobre su alma, y ni el amor de Giovanni, que había resucitado, la podía impedir desoírla.

Apartóse de los brazos y los labios de él con energía:

—No, no, Giovanni.

Llegó el padre Saracinesca y su asombro fué también el de aquel que se encuentra con el muerto conocido que surge de su tumba. Dió un grito:

—¡Giovanni!

Angela rogó con todo el fervor de que su espíritu era capaz:

—¡Dios Santo, no me abandones en este trance y apiádate de Giovanni!

El teniente, cuando se repuso un tanto, comenzó a balbucir, viendo que Angela había huído, como si huyese de sí misma:

—Les estoy muy agradecido. Pero ¿no podría verla? ¿No queda nada que hacer? Pensábamos casarnos.

—Ya está casada—le hizo ver el sacerdote—. Es esposa del Señor.

—Eso fué un error... Ella me creía muerto. Algo inexplicable ha debido ocurrir.

—Son sacramentos de la Iglesia la toma del velo y el matrimonio.

—Padre, la Iglesia no retendrá a Angela—suplicó el oficial, con una última esperanza de recuperación.

—No; la Iglesia no retiene a nadie.

Se le autorizó a una entrevista con Angela, después de haber ésta sido amorosamente advertida por la superiora:

—Giovanni te espera en el jardín. Muestra tu valor, hija mía.

El diálogo entre ambos fué una pugna de ansiedad entre él, que no podía concebir cómo ninguna traba terrena ni divina tuviera imperio suficiente para arrebatarle su razón de vivir, y ella, cuyo firme sentido de la promesa religiosa era inquebrantable.

\* \* \*

Poco después de haber tenido lugar esta escena, fué llamada Angela por la hermana Rita para encenderle un servicio de enfermera.

—Solicítala la señora Torloni, de Villa Albano. La recomienda un amigo a quien usted asistió.

—Sí; muy bien.

—Dijo que su coche vendría a buscarla después del coro.

En villa Torloni encontróse An-

—He logrado la paz — decía ella—. ¡Oh, Giovanni! ¿Cómo te diría lo que apenas tiene palabras para explicarse? Pertenezco a Dios. ¿Qué más puedo decir?

—También yo juré ante Dios. Juré que si salía bien de la guerra haríate dichosa. Muy dichosa... como no puedes soñar.

—No, no puedo, no puedo. No es posible decirte más. El resto se lo pediré a Dios en mis plegarias. Adiós, Giovanni.

Quedó él como si la tierra se hubiese despoblado y estuviera solo debajo del cielo.

gela con quien menos hubiera podido pensar.

El aviso anterior no era sino una estratagema desesperada de Giovanni.

Sus palabras, llenas de decisión, fueron éstas:

—¿Crees que voy a dejarte volver tras aquellos muros? Me escucharás ahora, lejos de todo aquello.

—No creí que fueses un cobarde...

—Soy lo que sea, con tal de verte y hablarte. Harás una petición al cardenal vicario para salir, ¿síes?

—Es tarde ya, Giovanni.

—Mientras vivamos y nos amemos, no será nunca tarde.

Ella quiso apurar este último argumento:

—Oye, si aquel día, hace tres años, al irte al frente, te hubiera yo pedido ser perjurio y desertar ante el fuego enemigo...

—Las circunstancias son distintas. ¿Habrías profesado como has hecho, de saber que yo vivía? Contesta, Angela.

—No, Giovanni.

—Entonces me amabas, y me quieres aún, y ese manto en que intentas sepultarte, no te separará nunca de mí.

—¡Giovanni, por Dios!

—Defiendo nuestro amor. Todo, hasta la deshonra, vale más que la separación.

—Un oficial sin honra y una

mujer renegada? ¿Eso es lo que tú quieras?

Cuando tenía el diálogo toda su tensión exaltada, oyóse el estrépito de un bombardeo aéreo.

Saltaron los cristales y se llenó la estancia de polvo y de humo.

Al disiparse éstos, Severi vió que Angela había huído de allí, y fué a encontrarla postrada ante una imagen divina, con tal actitud de mística mansedumbre, que le hizo quedar sobrecogido.

—Soy esposa de Aquel a quien cantan los ángeles — musitaba—. No aceptaré jamás otro esposo...

Giovanni mostróse sereno y con propósitos opuestos a los que había demostrado.

—Voy a acompañarte hasta el convento. Ahora es adiós para siempre.

Y en la misma puerta de la casa religiosa, se cruzaron estas dos frases de inmenso sacrificio:

—Recordarás que te amaré mientras viva?

—Lo recordaré.

\*\*\*

Giovanni había vuelto al frente con el denuedo y el desprecio por la vida de quien ya perdió en ella su más cara ilusión.

Y su denuedo, o el acaso, hicieron que fuese herido mortalmente.

Hallábase, debatiéndose con las últimas nieblas de la vida, en el hospital, y el padre Saracinesca, que no tardó en saber lo sucedido, rogó a Angela con infinita tristeza:

—Hija mía, ¿puedes venir un momento?

Creyó la monja que se trataba de uno de tantos heridos o moribundos, pero al destapar su rostro, dió un grito, como si le hubiesen des-

garrado el pecho y las raíces del alma.

El padre explicó:

—Es Giovanni. Cayó en el ataque. Le di la absolución.

—¡Giovanni!

A éste quedábale aún el postrero aliento y la última mirada en sus ojos vidriados:

—¡Angela! ¡Angela... te... espero!

Y aquellas palabras salidas de su garganta ronca por la garra que un sentido místico, ultraterreno, se le llevaba de este mundo, tenían que sólo él y Dios podían exactamente comprender.

FIN

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. —Barbará: 16, Barcelona

# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La princesa se enamora. Honor entre amantes.
El gran desfile	Cristina, la Holandesita.	Amanecer de amor. Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar	¡Viva Madrid, que es mi pueblo!	El gran desfile (edición El hombre que asesinó).
La princesa que supo amar	Sombras blancas.	Rindasel.
El coche número 13	La copa andaluza.	Du Barry, mujer de pasión.
Sin familia	Los cosacos.	La calle.
Mare Nostrum	Icaros.	El prófugo.
Nantás, el hombre que se vendió	El conde de Montecristo	La viuda alegre (edición Milicia de paz).
Cobra	Virgenes modernas.	Amores de medianoche.
El fin de Montecarlo	El pagano de Tahití.	Miguel Strogoff o el Cuerpo y alma.
Vida bohemia	Estrellas dichosas.	Correo del Zar (edición popular).
Zazá	La senda del 98.	El impostor.
¡Adiós, juventud!	Esto es el cielo.	Esposa a medias.
El judío errante	Espejismos.	La hermana San Sulpicio.
La mujer desnuda	Evangeline.	El demonio y la carne (edición popular).
La tía Ramona	Orquídeas salvajes.	Hay que casar al príncipe.
Casanova	El caballero.	La dama misteriosa.
Hotel imperial	Egoísmo.	Los claveles de la Virgen.
Don Juan, el burlador de Sevilla	La máscara del diablo.	Inspiración.
Noche nupcial	El pan nuestro de cada día.	El proceso de Mary Duggan.
El séptimo cielo	Vieja hidalgusa.	Pareja de baile.
Beau Geste	Posesión.	Al Capone (Pánico en Chicago).
Los vencedores del fuego	Tentación.	Marruecos.
La mariposa de oro	La pecadora.	En cada puerto un amor.
Ben-Hur	El beso.	Mi último amor.
El demonio y la carne	Ella se va a la guerra.	Conoces a tu mujer?
La castellana del Líbano	Los hijos de nadie.	Muchachas de uniformo.
La tierra de todos	El pescador de perlas.	El millón.
Trípoli	Santa Isabel de Ceres.	Marido y mujer.
El rey de reyes	Las dos huérfanas.	Mata-Hari.
La ciudad castigada	La canción de la estepa.	Congorila (fuera de serie).
Sangre y arena	El precio de un beso.	Carceleras.
Aguilas triunfantes	La rapsodia del recuerdo	Indesirable.
El sargento Malacara	Delikatesseen.	Tarzán de los monos.
El capitán Sorrell	Del mismo barro.	El terror del hampa.
El jardín del edén	Estrellados.	La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
La princesa mártir	Cuatro de infantería.	Chica bien.
Ramona	Olimpia.	Recién casados.
Dos amantes	Monsieur Sans-Géne.	Champ (El campeón).
El príncipe estudiante	Sombras de gloria.	La pura verdad.
Ana Karenine	Mamba.	Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
El destino de la carne	Ladrón de amor.	Carbón (La tragedia de la mina).
La mujer divina	Molly (la gran parada).	La zarpa del jaguar.
Alas	El valiente.	El caballero de la noche.
Cuatro hijos	De frente, marchen!	Arsène Lupin.
El carnaval de Venecia	Prim.	La dama del 13.
El ángel de la calle	El presidio.	Amor en venta.
La última cita	Romance.	El pecado de Madelón.
El enemigo	El gran charco.	Claudet.
Amantes	Tempestad.	La casa de los muertos.
La bailarina de la Ope- ra.	El dios del mar.	Titanes del cielo.
Moulin Rouge.	Anne Christie.	El proceso Dreyfus.
Ben Ali.	Sevilla de mis amores.	La vida de un gran artista.
Los cuatro diablos.	Horizontes nuevos.	El último varón sobre la Tierra.
¡Río, payaso, río!	Ben-Hur (edición popular).	Fantomas.
Volga, Volga.	La incorregible.	Violetas imperiales.
La sinfonía patética.	El malo.	Soy un fugitivo.
Un cierto muchacho.	El pavo real.	Teresita.
Nostalgia!	Bajo el techo de París.	La película de las estrellas. Grand Hotel (fuera de serie).
La ruta de Singapore.	Wu-li-chang.	Hollywood al desnudo.
La actriz.	Montecarlo.	Sangre roja.
Mister Wu.	Camino del infierno.	El doctor X.
Renacer.	¡Mío serás!	Emma.
El despertar.	Aleluya!	Primavera en otoño.
La melodía del amor.	La mujer que amamos.	El hijo del destino.
	Al compás de 3-4.	Ella o ninguna.
		El enemigo en la sangre.

**E. B.**

**Precio: Una peseta**